

habitaciones privadas y que se paseaba á grandes pasos.

Obedeciendo al impulso de su afecto, tímida en otras circunstancias, pero atrevida en este caso de adversidad, bajó precipitadamente Florencia, vestida como estaba. Ya llegaba al cuarto de su padre cuando se abrió la puerta, era mister Dombey que salía. Florencia se adelantó á su encuentro resuelta á abrazarle, y exclamando :

— ¡ Oh ! ¡ Papá, papá !

Sí, le hubiera abrazado ; pero su padre, en vez de recibir su caricia, lleno de ira levantó la mano y la abofeteó cruelmente, de tal modo que Florencia estuvo á punto de rodar por el mármol del suelo. Y al mismo tiempo que la golpeaba la dijo lo que era Edith, y que se fuera con ella, que se fuera, ya que ambas habían estado siempre coligadas.

No se cayó Florencia á los pies de su padre ; no se tapó con sus temblorosas manos la cara por no verle, ni dió un grito, ni tuvo palabras de reproche ; no hizo más que mirarle y suspirar con un quejido de desolación. Le miró y vió la maldad, el odio que había en aquel hombre. Le miró y comprendió que ya no tenía padre en la tierra. Entonces la huérfana echó á andar y salió de la casa.

Se marchó de la casa. Por un momento pudo vérsela con la mano en la cerradura de la puerta, el suspiro de angustia en los labios. Un instante después, la oscuridad en que estaba la casa, por no haber abierto las maderas de las ventanas, desaparecía ante la luz de la mañana, en tanto que Florencia, inclinada la cabeza para disimular el llanto, marchaba por las calles.

## CAPÍTULO XLVIII

### HUÍDA DE FLORENCIA

En el extravío de su pena, de su vergüenza y miedo, la desamparada Florencia marchaba precipitadamente. Brillaba el sol, pero para ella era lo mismo que una noche de invierno. Torciéndose las manos y respirando amargamente, insensible á todo, excepto á la profunda herida de su pecho, iba huyendo como por una costa desierta, arrojada por el naufragio, sin más propósito que el de salvarse, el de hallar un refugio, un refugio cualquiera.

La hermosa calle por donde iba, el encanto de aquella mañana luminosa, el cielo azul y las fugitivas blancas nubes, la frescura del aire, nada producía la menor impresión en su mente abstraída. ¡ Un refugio, un refugio cualquiera, siempre que fuera lejos de aquel lugar que abandonaba !...

La gente transitaba ya por las calles, las tiendas se abrían, los sirvientes se asomaban á las puertas, era el comienzo de la vida diaria y del trabajo. Florencia vió que la miraban, que muchas personas al pasar se fijaban en ella con curiosidad y sorpresa ; algunas sombras se volvían hacia ella al mismo tiempo que unas voces desconocidas la preguntaban qué la

pasaba y á dónde iba. Florencia, asustada, no respondía sino escapando más de prisa; pero al fin aquellas preguntas la trajeron á la realidad sugeriéndola la necesidad de mayor compostura.

¿A dónde ir? A un lugar apacible, cualquiera que fuese. Sí; pero, ¿á dónde? Pensó en aquel día de su infancia, en aquella vez en que también estuvo perdida por las calles de Londres — ¡aunque no como ahora! — Se acordó del hogar del tío de Wálter. Y allí se dirigió.

Serenándose lo mejor que pudo, secándose las lágrimas, se encaminó Florencia por las calles más apartadas, hasta que distinguió en la misma acera la sombra de algo que conocía bien, una sombra de algo que daba vueltas en derredor de ella, que se acercaba, retrocedía y saltaba, viniéndosele encima; Diógenes, ladrando alegremente, se encontraba á los pies de su ama.

— ¡Oh, Di! ¡Oh, mi querido Di! mi fiel amigo, ¿cómo has venido aquí? ¿cómo he podido separarme de ti? ¿cómo no he pensado en llamarte?

Florencia se inclinó y abrazó aquella cabeza tan fea, tan alocada y tan contenta. Y luego siguió su camino Florencia acompañada de su perro. Diógenes saltaba, tratando de tocar con el hocico la cara de su ama, ladrando, abalanzándose contra cuantos perros veía, asustando á las criadas que barrían delante de las puertas y deteniéndose de pronto para contemplar á su ama, y ladrando otra vez, de manera que todos los perros de la vecindad le hacían coro.

Con este acompañante siguió avanzando rápidamente Florencia camino de la City. El tránsito era ya numeroso, las tiendas ya estaban concurridas; parecía como si Florencia flotase sobre aquella corriente

de vida que pasaba con la mayor indiferencia por delante de almacenes y de mansiones, de cárceles, de iglesias y plazuelas, de prosperidades y pobrezas, de dichas y de penas, á la manera del caudaloso río que, al lado, también despertaba del sueño entre los juncales y los sauces, y que rodando turbio y cenagoso por los trabajos de los hombres se precipitaba hasta el mar.

Ya entraba Florencia en el barrio del guardia marina de madera. Un poco más y ya surgió el guardia marina, siempre en su puesto, perenne en sus observaciones. Un poco más y ya estaba la puerta invitando á la entrada. Florencia, de nuevo apresurada, atravesó corriendo la calle (seguida de Diógenes, algo confuso por el ruido) entró en la tienda y se detuvo en el umbral del comedorcito de recordación tan feliz.

El capitán, puesto su sombrero de hule, estaba sentado al lado de la lumbre, calentando el cacao para su desayuno. Encima de la chimenea se veía su elegante reloj de bolsillo, para mejor consulta, sin duda, durante las operaciones culinarias. Al oír pasos y advertir el rumor de faldas, el capitán se volvió con azoramiento pensando en Mac Stinger. En aquel instante Florencia le saludó con la mano, pero no pudo decir una palabra; allí la abandonaron las fuerzas y cayó desmayada.

El capitán, no menos pálido que Florencia, corrió hacia la joven, la levantó en brazos y la depositó encima de aquel mismo sofá donde durmió años antes.

— ¡Delicias del corazón! — dijo el capitán mirándola á la cara. — ¡Es esta dulce criatura hecha ya una mujer!

Respetuoso el capitán Cuttle, no se atrevía á to-

carla, ni la hubiera sostenido en sus brazos mientras estaba desmayada, aunque le ofrecieran mil libras esterlinas.

— ¡Delicias del corazón! — exclamó el capitán colocándose á honesta distancia y expresando la mayor inquietud. — Si puede usted llamar á Ned Cuttle, aunque sea con un dedo nada más, hágalo.

No se movió Florencia.

— ¡Delicias del corazón! — repitió temblando el capitán. — ¡Por Wálter, hágalo usted por Wálter, ahogado en el piélago salobre! Una señal, cualquiera que sea, si puede.

Viendo que Florencia continuaba insensible, á pesar de tan impresionante adjuración, cogió el capitán un vaso de agua fría y mojó con unas cuantas gotas la cara de la desvanecida joven. En vista de la urgencia del caso, y haciendo uso con extraordinaria suavidad de su tosca mano, quitó á la joven el sombrero, la humedeció los labios y la frente, la echó atrás el pelo, la abrigó los pies con la casaca, que se quitó para ello, y se puso á darla unos golpecitos en la mano. En esta operación estaba cuando Florencia movió un poco los párpados y los labios.

— ¡Firme! ¡Ya vamos bien! — exclamó el capitán. — El rumbo es nuestro. ¡Avante! Beba una gotita... ¡Ajá! Y ahora, ¿qué tal? ¿Cómo se encuentra?

A este punto, acordándose el capitán Cuttle de que no hay tratamiento médico sin reloj, se apoderó del que tenía encima de la chimenea, lo fijó en su mano postiza y, tomando con la otra la mano de Florencia, se quedó inmóvil mirando alternativamente al reloj y á la enferma.

— ¿Cómo va? — exclamó de nuevo el capitán. —

¿Qué tal ahora? Me parece que la has sentado bien — dijo el capitán para sus adentros mirando con satisfacción al reloj. — Con atrasarte todas las mañanas media hora, y con adelantarte un cuarto de hora por la tarde, no hay reloj mejor en el mundo. ¿Qué tal, hijita? ¿Cómo va?

— ¡Capitán Cuttle! ¿Es usted? — murmuró Florencia incorporándose algo.

— Sí, sí, mi lady joven — dijo el capitán ideando una forma de cortesía que le pareció correctísima.

— ¿No está aquí el tío de Wálter? — preguntó Florencia.

— ¿Aquí? — repuso el capitán. — Hace largo tiempo que no. Desde que se marchó detrás del pobre Wálter. Pero — añadió el capitán, como citando un pasaje bíblico, — aunque lejos de la vista, ¡siempre amoroso de Inglaterra, del hogar y de la belleza!

— ¿Vive usted aquí? — preguntó Florencia.

— Sí, mi lady joven — contestó el capitán.

— ¡Oh, capitán Cuttle! — exclamó Florencia juntando las manos y con expresión angustiada. — ¡Sálveme usted, deme asilo aquí, que nadie sepa dónde estoy! Ya le diré lo que me ha sucedido, se lo iré diciendo como pueda. No tengo ningún sitio á donde ir en el mundo. ¡No me despida usted!

— ¡Despedirla á usted, mi lady joven! — contestó el capitán. — ¡A usted, delicias del corazón! Tendría que ver eso. Vamos á cerrar las escotillas y con doble vuelta de llave.

Diciendo ésto fué el capitán hacia la puerta, colocó por fuera del escaparate y de la vidriera las maderas, las afirmó con sus correspondientes barras, dando muestras de gran habilidad en la operación, y pocos

instantes después quedaba la tienda bien cerrada por dentro.

Cuando volvió á donde se encontraba Florencia, la cogió una mano y la besó. Aquel ademán de ternura y de compasión significaba en el capitán lo vivo que en su memoria estaba el recuerdo de los tiempos pasados y lo evidente que en el rostro de Florencia aparecía el dolor de su estado presente.

— Mi lady joven — dijo el capitán restregándose la punta de la nariz con el brazo hasta dejarla brillante como un botón de cobre, — no diga usted ni una palabra más á Eduardo Cuttle hasta que no se sienta usted misma á gusto, lo que no será ni hoy ni mañana. En cuanto á que se vaya usted, ó á decir dónde está, eso, « en verdad os digo » con la ayuda de Dios, no sucederá nunca. Busque usted en el catecismo, allí lo encontrará, tome nota.

Con gran solemnidad dijo al capitán estas palabras, sobre todo al pronunciar el « en verdad os digo », pues para ésto se quitó respetuosamente el sombrero, cubriéndose después muy sereno.

Florencia le agradecía mucho todo aquéllo, y tenía entera confianza en él, así se lo dijo. Acogiéndose á esta tosca criatura, como á último asilo para su corazón doliente, reclinó la cabeza en el hombro de aquel honrado amigo, y seguramente se hubiera puesto de rodillas ante él si, adivinando el pensamiento, no lo hubiese impedido el capitán.

— ¡ Firme! — dijo el marino. — ¡ Firme! No se puede usted sostener... ¡ Vaya, basta!

Era de ver de qué manera sostenía el capitán á Florencia para que no se cayese del sofá.

— Y ahora — añadió Cuttle — va usted á tomar alguna cosa, y tampoco faltará para el perro. Des-

pués subirá usted al cuarto de Sol Gills y allí dormirá usted como un ángel.

Al nombrar á Diógenes le hizo el capitán una caricia, que el perro recibió un si es no es satisfecho. Mientras duraron los auxilios del capitán á Florencia había estado el perro como solicitado por dos inspiraciones distintas: una, la de saltar al cuello del capitán y hacerle presa con los dientes; otra, la de ofrecerle su amistad. Había revelado aquel conflicto de su ánimo, alternando los meneos de cola con los gruñidos y enseñanza de dientes. Por último, se sobrepuso el convencimiento de que el capitán era el más amable de los hombres, un hombre que ciertamente merecía el honor de que un perro le favoreciese con su amistad.

En esta persuasión Diógenes no perdía de vista al capitán, mientras éste preparaba el te y unas tostadas, demostrando con aquella atención el interés que le merecían los quehaceres domésticos. Pero inútilmente se ocupó el capitán en aquellos preparativos, pues Florencia no quiso probar nada, no podía hacer más que llorar y llorar.

— Bueno, bueno — dijo el compasivo capitán, — cuando haya dormido usted un rato, ya verá usted cómo se restablece. Ahora te toca el turno, amigo — añadió el capitán dirigiéndose á Diógenes, — vas á tener la guardia de tu ama, ¡ arriba!

Sin embargo, Diógenes que había estado esperando el almuerzo relamiéndose, y con ojos encandilados, no se precipitó sobre la comida, al contrario, se salió á escape, con las orejas tiesas, hacia la puerta de la tienda; allí, al lado de la puerta, rompió á ladrar furiosamente dando cabezadas como para abrirse camino entre las maderas.

— ¿Hay alguien? — preguntó Florencia alarmada.

— No, señora — contestó el capitán. — Si alguien hubiera, haría ruido. Tranquílcese usted. No hay más que la gente que pasa.

Pero Diógenes seguía ladrando y hocicando con furia pertinaz; cada vez que se detenía parecía adquirir mayor convencimiento de que estaba en lo firme, volviendo, en consecuencia, á los ladridos y cabezadas. Retornó, finalmente, al almuerzo, pero todavía se quedó como en guardia, y en seguida le dió otro ataque de ira y de ladridos antes de probar un bocado.

— ¿Si habrá alguien en acecho? — murmuró Florencia. — ¿Si habrá venido alguien siguiéndome?

— ¿Acaso la joven, su doncella? — dijo el capitán como si se le ocurriese una idea luminosa.

— ¿Susana? — repuso Florencia moviendo negativamente la cabeza. — ¡Ah! Susana se separó de mí hace tiempo.

— Supongo que no habrá desertado — dijo el capitán. — No es posible que esa joven haya procedido de tal modo...

— ¡Oh! no, no — exclamó Florencia; — es uno de los corazones más leales del mundo.

El capitán, muy satisfecho de esta réplica, manifestó su satisfacción quitándose su pesado sombrero de hule y pasándose por la cabeza el pañuelo hecho una pelota.

— Ahora estás ya tranquilo, ¿eh? — dijo el capitán dirigiéndose al perro. — Ya ves que no hay nadie, gracias á Dios.

Pero no parecía Diógenes enteramente persuadido. Algo había en la puerta que le llamaba la atención,

que le hacía gruñir de cuando en cuando como si se obstinase en su idea primera. Este incidente, junto con la observación de que Florencia estaba muy cansada, fué causa de que el capitán se decidiese á preparar cuanto antes el cuarto de Sol Gills. Subió á dicha habitación y en breve acomodó en ella cuanto le pareció más adecuado al caso.

En realidad el cuarto estaba limpio. El capitán, que era hombre de orden y que sabía hacer estas cosas, arregló la cama cubriéndola con una esplendente colcha blanca. Luego, llevado de su ingenio, cubrió la mesa de tocador con otro paño blanco y encima de aquél, á modo de altar, puso las dos cucharillas de plata, un tiesto con flores, un antejo de larga vista, el famoso reloj de bolsillo, un peine, también de bolsillo, y un tomo de poesías; parecía una colección de rarezas. Cerró la ventana, las vidrieras y las maderas; echó por el suelo, como si fueran ruedos, unos trozos de alfombra; y hecho esto, satisfecho de su obra, bajó de nuevo á la trastienda en busca de Florencia para conducirla á su aposento.

De ninguna manera consideraba posible el capitán dejar que Florencia subiera sola la escalera; en su ánimo, habría sido aquello una ofensa á las leyes de la hospitalidad. Florencia estaba demasiado cansada para poder entrar en discusiones sobre este punto; dejó que el capitán hiciera lo que le pareciese, y éste, tomándola en brazos, la subió á la preparada habitación hasta depositarla encima de la cama, abrigándola con un gran capote de marino.

— Mi lady joven — dijo el capitán, — aquí se encuentra usted tan segura como si la hubiera subido á la linterna de la catedral de San Pablo y luego retirase la escala. Duerma usted con toda tranquilidad;

yo creo que es lo que más necesita. Ojalá que el descanso sea bálsamo para sus penas. Si algo la ocurre, si quiere algo de cuanto hay en esta humilde casa, ó de cuanto se puede hallar en la ciudad, no tiene más que decir una palabra á Eduardo Cuttle, que no estará muy lejos y que será feliz en servirla.

Dicho esto el capitán besó la mano de Florencia con la galantería de un caballero andante y salió de la habitación andando de puntillas.

Al encontrarse el capitán en la trastienda, discurrió, en diálogo consigo mismo, que sería bueno abrir la puerta de la calle por algunos minutos para ver si se notaba algo sospechoso por las cercanías. Abrió, en efecto; se situó en el umbral, y se puso á mirar á derecha é izquierda y á lo lejos con un anteojo.

— ¿Cómo está usted, capitán Gills? — exclamó una voz inmediata.

El capitán se quedó sorprendido al ver que Toots estaba á su lado mientras él inspeccionaba el horizonte.

— Bien, gracias, ¿y usted? — contestó el capitán.

— Muy bien, muy bien, capitán Gills — dijo Toots. — Es decir, no mucho, porque ahora no puedo estar más que bien, algo bien nada más.

Toots no acertaba á expresarse de otro modo menos obscuro, dado su convenio con el capitán Cuttle.

— Capitán Gills — añadió Toots, — quisiera hablar con usted unas palabras, si me hace usted el favor... es cosa importante.

— Sabe usted — repuso el capitán entrando con Toots en el comedor, — sabe usted que esta mañana estoy... pues, ocupadísimo. De modo que si larga usted velas con un cabo, hágalo pronto.

— Ciertamente, capitán Gills — dijo Toots que, como casi siempre le pasaba, no entendía el modo de hablar del capitán, — largar velas, de eso se trata, ¿cómo no!

— Pues á la maniobra, amiguito — dijo el inquieto capitán.

Porque estaba, realmente, muy inquieto el capitán Cuttle por causa de su tremendo secreto — por aquello de que miss Dombey se encontraba bajo el mismo techo que le cobijaba, á él y al inocente joven con quien estaba conversando. — Apenas podía respirar, y con el sombrero de hule en la mano no quitaba la vista de la cara de Toots, limpiándose con el pañuelo el sudor que le corría por la frente. Mister Toots, por su parte, también parecía tener secretas razones para hallarse en estado nervioso; desconcertado por la mirada del capitán, sin poderse estar quieto en la silla, guardó silencio un breve instante, y luego le dijo :

— Dispéñeme usted, capitán Gills; pero, ¿no nota usted en mí alguna cosa de particular?

— No, muchacho, no — contestó el capitán.

— Porque yo conozco — dijo Toots riéndose, — yo conozco que me voy consumiendo. Usted no hablará á nadie de esto, ¿verdad? Se lo ruego. Burgess y Compañía han tenido que cambiar mi medida, de tal modo enflaquezco. Por supuesto que me sienta muy bien; me... me alegro mucho de adelgazar. Y si me consumiera del todo, pues... pues todavía me gustaría más. Soy un animal, lo conozco; un animal que paca en la superficie de la tierra, capitán Gills.

Aquella manera de expresarse contribuía á la mayor sofocación del capitán; ya no sabía qué hacer para que mister Toots se fuera, le dejara solo con su

29086

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FONSO REYES  
MONTREY, MEXICO

secreto; si se hubiera encontrado delante de un aparecido, no habría hecho patente una perturbación mayor.

— Lo que yo quería decirle, capitán Gills — añadió Toots, — es que, encontrándome esta mañana por casualidad en el barrio, venía... la verdad, á pedirle que almorzáramos juntos. No duermo; es lo cierto que no puedo dormir hace tiempo. Parezco un sereno, con la diferencia de que no tengo paga y de que el llamador lo llevo dentro de la cabeza.

— ¡Avante, muchacho! — exclamó el capitán con voz conminatoria.

— Ciertamente, capitán Gills — repuso Toots. — Tiene usted razón. Digo, pues, que hallándome por acá esta mañana (hace cosa de una hora) y viendo que estaba cerrada la puerta...

— ¡Cómo! Usted ha escuchado...

— De ningún modo, capitán Gills. No me he detenido un momento. Creí que habría usted salido. Pero la persona me dijo... Entre paréntesis, capitán Gills, usted no tiene perro, ¿verdad?

El capitán movió la cabeza negativamente.

— Ya lo decía yo — añadió Toots. — Sin embargo, hay un perro relacionado con el asunto. Dispense usted, esto es ajeno á la cuestión.

El capitán abrió aún más los ojos; le caía el sudor de la frente al pensar que Diógenes podía bajar al comedor y mezclarse en el diálogo.

— Dice la persona — prosiguió Toots — que ha oído ladrar un perro en la tienda, pero yo he afirmado que no, que no es posible, porque no tiene usted perro. Pero la persona dice que sí, lo mismo que si lo hubiera visto.

— ¿Qué persona, muchacho? — preguntó el capitán.

— Vea usted, capitán — contestó Toots más nervioso aún, — yo no puedo adivinar qué cosas suceden en la vida, qué cosas no suceden. Yo no sé una palabra. Me hallo metido en un laberinto que no entiendo; me parece que tengo alguna debilidad de cabeza; algo me pasa.

El capitán movió la suya asintiendo.

— Pero la persona me ha dicho, mientras nos marchábamos juntos — continuó Toots, — que usted ya sabe lo que *podiera* suceder (y ha dicho *podiera* con fuerza), y que si se le pidiese á usted que se preparase, por sí mismo se prepararía sin duda.

— La persona, muchacho — volvió á decir el capitán.

— Yo no conozco á esta persona — repuso Toots. — No tengo la menor idea de ella. Cuando llegué á la puerta estaba aquí. Este señor me preguntó si yo tenía intención de volver; le contesté que sí. Me preguntó si le conocía á usted; le contesté que sí, que usted me había concedido esta satisfacción después de meditarlo. En vista de esto me ha rogado que dijera á usted lo que le acabo de decir; esto es, que hay circunstancias en que conviene estar preparado. Y además me ha dicho que tan pronto como le viera á usted le rogara que se llegue á la esquina, aunque sea por un minuto, para un asunto muy importante, á casa de mister Brogley, el tasador perito. Ahora, capitán Gills, diré á usted que, á mi parecer, se trata de algo importantísimo; si quiere usted ir al momento, yo me quedaré aquí hasta que vuelva.

El capitán no sabía qué hacer. Por una parte pensaba que si no acudía á la cita, acaso podría sobrevenir algún daño á Florencia. Por otra parte dejar á Toots posesionado de la casa, era correr el riesgo de

que se enterase del secreto. Aquella agitación mental no pasó inadvertida para Toots; pero la atribuía á los efectos de su misma conversación. Y por esto, considerándose modelo de discretos, no pudo menos de exteriorizar su regocijo con una carcajada.

Al cabo se decidió el capitán á correr uno de aquellos dos peligros, el que le pareció menor, que fué el ir á casa del perito. Cerró la puerta que comunicaba con la parte alta de la casa y se metió la llave en el bolsillo.

— Perdone usted — dijo el capitán Cuttle á Toots, no sin cierta vacilación y vergüenza, — excúseme usted si hago esto.

— Haga usted lo que le parezca. ¡No faltaba más, capitán Gills! — contestó el joven.

Dióle gracias el capitán y, prometiéndole volver á los cinco minutos, salió en busca de la persona cuyo misterioso mensaje le había comunicado Toots. Este pobre muchacho quedóse solo, sentado en el sofá, sin sospechar quién había ocupado aquel mismo lugar poco antes. Allí, recostado, mirando al techo, entregado á sus pensamientos, evocó con la imaginación la vaporosa imagen de miss Dombey, olvidándose enteramente del tiempo y del lugar en que se encontraba.

Tanto fué así, que no se hizo cargo de la tardanza del capitán que no volvió, como había prometido, al momento. Cuando volvió se encontraba pálido, agitadoísimo, con semblante como de haber llorado. No pudo pronunciar palabra hasta que fué al aparador y se bebió un buen vaso de ron. Entonces dió un profundo suspiro y se sentó en una silla al lado de la mesa, apoyando el codo y reclinando la frente en la mano.

— Capitán Gills — dijo Toots bondadosamente, — espero que no habrá sido cosa de desgracia.

— No, no, muchacho — repuso el capitán; — al contrario.

— Parece que está usted abatido, capitán Gills — observó Toots.

— Efectivamente, lo estoy — contestó el capitán.

— ¿Puedo servirle en algo? — preguntó el joven. — Me tiene usted á sus órdenes, capitán Gills.

El capitán levantó la cabeza, miró á Toots con expresión de piedad y ternura, le dió la mano y se la estrechó con firmeza.

— Muchas gracias — dijo el capitán. — No puede usted hacer nada. Lo único que puedo pedirle, como favor ahora, es que me deje solo. — Y volviendo á estrechar la mano de Toots, añadió: — Después de Wálter, y de una manera diferente, es usted el mejor muchacho del mundo.

— Palabra de honor, capitán Gills — repuso Toots dando á su vez la mano al capitán para un apretón por su parte, — me honra ese concepto que tiene usted de mí, muchas gracias.

— Animo, amigo mío — dijo el capitán dándole una palmada en el hombro, — hay más de una joven guapa en el mundo.

— No para mí, capitán Gills — repuso gravemente Toots. — No para mí, se lo aseguro. El estado de mis pensamientos, con respecto á miss Dombey, no puede describirse; mi corazón es como una isla desierta que miss Dombey únicamente habita. Yo me voy consumiendo, y me alegro, porque así acabaré más pronto. Si viera usted mis pantorrillas se formaría idea de lo que es un afecto no correspondido. Me han recetado quina, pero no la tomo porque no estoy de humor

para andar con reconstituyentes. Por supuesto que esta conversación infringe lo que tenemos convenido. Capitán Gills, adiós.

El capitán Cuttle contestó cordialmente al saludo, cerró la puerta y, moviendo la cabeza con notable expresión de compasión y de ternura como antes lo había hecho, subió á ver si Florencia necesitaba alguna cosa.

Mientras subía la escalera, el capitán cambió por completo de aspecto. Secóse cuidadosamente los ojos con el pañuelo y luego se restregó la nariz con la manga. Por momentos parecía contento como un hombre feliz; otros instantes parecía afligido. De todos modos, el aspecto de amable gravedad que se manifestaba en su rostro le favorecía tanto, que ningún embellecimiento de artificio hubiera conseguido trasformarle de manera más bella.

Con su mano postiza dió dos ó tres golpecitos en la puerta. No recibiendo contestación se decidió á entreabrir, y luego de entreabrir á entrar; lo que más le indujo, sin duda, á este paso, fué la amable acogida de Diógenes que, echado á lo largo en el suelo á los pies de la cama, meneó la cola y guiñó los ojos al ver al capitán, sin dar señales de quererle poner de pie en actitud guerrera.

Florencia dormía profundamente y gemía soñando. El capitán Cuttle, con el mayor respeto á la juventud y á la desgracia, se acercó, levantó la cabeza de la joven para reclinarla mejor en la almohada, acomodó el abrigo, vió si las maderas cerraban bien en la ventana, y después salió otra vez á la escalera, cuidadosamente y sin ruido.

Haber formado los delicados dedos que, ejerciendo su ministerio en los dolores y en las penas, despiertan,

con sólo su contacto, sentimientos de cordialidad y simpatía, y haber creado rudas manos que, como las del capitán, adiestradas por el corazón en un instante se suavizan, son hechos que evidencian la bondad del Todopoderoso. Pero en cuanto á determinar cuál de esos dos hechos sirve de mejor prueba al caso, no será posible determinarlo en larguísimo tiempo, dentro de la confusión y desacuerdo que gobiernan el mundo.

Dormía Florencia, olvidada de su carencia de hogar y de padre. En tanto, el capitán Cuttle velaba en la escalera. Un suspiro más fuerte, más quejumbroso que los otros, hizo que el capitán se precipitase hacia la puerta; pero el sueño de Florencia fué serenándose por grados y el capitán siguió su guardia sin alarmas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA "FERRER"  
1625 MONTERREY, MEXICO